

Una resurrección

S. Abraján



Capítulo 1

Capítulo 2

“Brebrabrebrabrebra”, las manos de Nída lanzan un juguetón hechizo de agua, riendo, percutiendo los dientes inferiores contra los superiores. La cara de Íbien queda mojada de resplandorcitos húmedos salidos de las manos recién lavadas de su hermana, se pasa la manita por la cara y los seca. “¡Ey!”, “Ya, Nída, deja en paz a tu hermano”, dijo mamá, “Sírvanse de los dos platos”, en uno hay humeantes pedazos de pescado, atrapados esa misma mañana pese al mal tiempo; sacudiose el agua del río igual que un bebé zarandea un vaso de agua; en el otro hay vegetales cocidos, cosechados hacía una semana en el huerto que ambos padres habían construido, pese al desaliento de los antiguos propietarios a causa de su supuesta infertilidad. “¿Qué te pasa en la cara?”, pregunta mamá, Íbien primero abre sus tristes párpados, acorralado; luego, sin cambiar su expresión, esconde la cara inclinándola hacia el brazo izquierdo de su silla y contempla las sucias manchas imborrables del suelo. Mamá toma su mentón con una mano y levanta su cabeza con brusquedad, he ahí una suave negrura alrededor de su ojo, como la suave sombra de un insomnio, Íbien gime y mamá dice: “¿Quién te hizo eso?”, “Fue alguien de la escuela”, contesta Nída, la boca embutida de pescado, riendo con las mejillas y la nariz, “¡Qué te parece tan gracioso!”, grita mamá y le pega en la cabeza, Nída lanza un sollozo, “Ya ves cómo no es divertido”, y a Íbien: “Donde me entere que te estuviste metiendo en peleas de nuevo...”, “Yo no empecé”, murmura Íbien, “dijeron que papá era un ladrón inútil y que no me querían ver en el parque de nuevo”, “¿y eso te da derecho a iniciar una pelea?”, Íbien intentó mantenerle la mirada, como si eso fuera una respuesta afirmativa que no se atrevía a contestar, pero de inmediato regresó los ojos hacia el brazo de la silla.

Papá entra al comedor en ese momento; había estado haciendo unas llamadas y en su rostro se muestra frustración, se sienta a la mesa con una sonrisa inconvincente y dice: “Qué bien huele el pescado”, y mamá le dice: “Hoy tu hijo se peleó”, papá contempla preocupado el moretón de Íbien, éste se muestra menos receloso al mostrárselo; lo exhibe orgulloso como un trofeo. “Ah, pequeño, ¿por qué te peleaste?”, “porque tú no eres un ladrón”, papá suspira y le palmea la cabeza; hay algo de frialdad en su mano; su rostro intenta no mostrarse conmovido, “no hagas caso de lo que dicen los demás”, “pero no dejan de molestarme”, Íbien subió la voz, queriendo contagiar su rabia a papá, pero él negó con la cabeza y la mano, “déjalos pensar lo que quieran, hijo, lo importante es lo que tú opines, dime, ¿te parezco un ladrón acaso?”, la cabeza de Íbien dijo no, pero en sus ojos, que no miraban a su papá, había duda.

Esta duda provenía de las muchas conversaciones que bombardeaban a Íbien en sus andares por el pueblo y sus alrededores. Ellos vivían a sólo un kilómetro del pueblo, y en su camino había varias casas y algunos negocios de carretera. El cuadro semimontañoso de aquella región al norte de Kutuzá hacía que el camino tuviera por adorno un juego zigzagueante de colinas y montañas que incrementaban su tamaño a lo lejos, entre más se acercaban al estado de Níhg, y caminar hacia el pueblo mientras la tarde formaba juegos de sombras con esas montañas distantes hacía volar su imaginación. Pasaba por una sección de la carretera que se bifurcaba: era la ruta que conducía hasta la ciudad de Yoká, y de ahí era frecuente ver ciudadanos que se aventuraban hacia el pueblo, y eran los principales clientes de los negocios por los que pasaba. Notaba a los dueños de esos negocios adquirir un aire de hostilidad al verlo y no dejaban de vigilarlo hasta que se alejaba. Una vez escuchó a un ciudadano preguntar al dueño de una tienda por qué veía de ese modo a ese niño que no parecía estar haciendo nada malo, el tendero, al contestarle con la historia de su padre, hizo que Íbien apretara el paso hasta desaparecer de su vista, y luego salió corriendo, rabiando y con pensamientos violentos. En el pueblo había muchos establecimientos donde ya no dejaban entrar a nadie de su familia, y en la escuela, no hace falta decirlo, era molestado por todos sus compañeros. En el mejor de los días era simplemente ignorado, en los peores era acosado por grupos de niños después de clase, le robaban sus cosas y le gritaban que no tenía derecho a quejarse. Lo único que evitaba que esos abusos se volvieran insoportables era que Íbien poseía una gran fuerza, y lo que los demás necesitaban para hacerle daño él lo lograba de un golpe, así que la estrategia era molestarlo sin parar y luego salir corriendo cuando Íbien, al límite de su paciencia, comenzaba a lanzar golpes. Tal era el estado de su vida, y el nivel de desprecio que todo el pueblo le demostraba a su familia, que fue inevitable para él pensar que todo ese abuso quizás pudiera tener algo de verdad, que su padre podría ser culpable del crimen por el que él ahora tendría que cargar algo de culpa. Quería saber la verdad, pero al mismo tiempo temía que la verdad pudiera alejarlo del amor que sentía por su padre y convertirlo a él en un aliado de su crimen. Aún si la inocencia fuera su verdad, eso no cambiaría la opinión del pueblo ni mejoraría su vida, pues él sabía que cuando todo un pueblo se ha puesto en contra de una familia, solamente circunstancias de una poderosa fuerza emocional podrían hacerle cambiar de opinión.

Alguna enfermedad o condición, quizá. ¿De quién pude haberla sacado o de dónde la adquirí? Intentaré (ordena a sus brazos moverse) más fuerte. Quizás si intento ponerme de pie, pero ¿cómo sé si lo hice? Ni siquiera tengo esa sensación de movimiento adormecido y entumido, como cuando

nos movemos en los sueños.

Siempre me moví mucho al dormir; tantas veces desperté con la cabeza en el lugar donde había puesto los pies la noche anterior, o en contorsiones tan extrañas que por el resto del día me dolía el cuerpo. Pero en esas ocasiones no recuerdo haber tenido nunca algún sueño que pudiera servir de fundamento para motivar a mi cuerpo a moverse por sí mismo; sé que soñar con correr puede ocasionar que las piernas den patadas descontroladas, o soñar con una pelea puede hacer que las manos asesten puñetazos a enemigos invisibles en la oscuridad, pero amanecer hecho una bola a apenas centímetros del acantilado que pone fin a los confines de la cama, donde cinco minutos más de sueño hubieran supuesto una espectacular caída, tenían que indicar que había algo ahí en mi mente que se manifestaba en esa extraña rebelión de mi cuerpo por las noches. Nunca les puse atención en aquel tiempo, sino que tuve que esperar hasta ahora, cuando mi cuerpo, hasta donde sé, podría estar andando cual muerto viviente sin que yo me entere. Haré un movimiento de sujetar algo, ahora lo lanzaré, ¿habré hecho algo? Déjalo ya. Quiero distraerme con algo. Nída. ¿Dónde estarías ahora? De ti no tengo más que recuerdos y emociones sembradas en aquellos lejanos tiempos. Sí; veo esa cara tuya, ese lunarcito arriba de tu ceja derecha, la cicatriz que te hiciste en el hombro porque dijiste que te habías raspado con el filo de una mesa, eso dijiste, pero a mí siempre me pareció más como la marca que deja un cuchillo al deslizarse sobre un pedazo de carne, o un araño. Tu risa, si se le puede llamar risa al ruido gelatinoso que salía de tu garganta cuando ocultabas algo, inmediatamente hacía sospechar a todos los que te oyeran; volteaban por breves instantes, con una confusión incómoda en los ojos, pensando que esta niña había hecho algo malo. Sí; te vi aquella vez después de la escuela, ¿quién era ese niño con el que fuiste a ese callejón donde los de mi grado tenían miedo de ir porque, decían, alguien había tirado el cadáver de un perro y la bolsa donde éste estaba a veces se movía cuando se acercaban? Te veía entrar ahí con él pensando que querían ver al perro, pero me daba miedo quedarme mucho tiempo, huía y te olvidaba. Una vez te pregunté si habías visto la bolsa con el perro moviéndose, mamá me preguntó de qué hablaba y le conté la historia del perro y que te vi entrar ahí con un niño. No entendí por qué se enfureció tanto ni por qué tú te asustaste más. Pero eso sí, cuando volviste de tu regaño no llorabas; estabas como si alguien te acabara de retar a un juego y fueras a entregar toda tu energía y corazón para ganar, luego me miraste y alegre me diste un coscorrón juguetón, reíste diciéndome que no volviera a decir nada a nadie y te alejaste con esa risa húmeda que me dejaba una rara sensación en los oídos. Nída, ¿dónde estarás ahora?

Y Dárum: ¿No dormiste nada?, ¡bien se aprieta el lóbulo de la oreja

derecha y lo sacude, dice que eso le ayuda a despabilarse, A las cinco me dormí, mira, y Dárum: ¿Y qué vas a hacer pues? De nada te va a servir haber estudiado toda la noche si ahora te va mal en el examen, No creo que me vaya mal, dice Íbien insistiendo en apretar su lóbulo: Soy bueno para retener la información a esa hora; lo he hecho desde la secundaria y nunca he reprobado un examen, Bueno, Dárum se ve cansado cuando han subido todas las escaleras, y dice respirando agitadamente: A ver, durante el periodo presidencial de Tyénkt Lurkáng[1], ¿qué medidas se efectuaron para intentar combatir la baja alfabetización en la zonas rurales?, e Íbien contesta: eh... a ver, con Tyénkt Lurkáng... hubo la reforma de la ley educativa, ¿no?, y Darúm: No jodas, en cada periodo hay una de esas, sé más específico, y dice Íbien: Bueno, hubo lo de que a partir de entonces iba a haber una reimpresión masiva de libros y textos antiguos usando el nuevo alfabeto danzilmarés, el del alfabeto latino, y desde entonces ya no se imprimió nada usando nuestro alfabeto tradicional, y Darúm: Sí, pero tienes que mencionar específicamente las campañas de ortografía obligatorias en los periódicos y otras cosas, donde tenían que incluir a fuerza artículos donde hablaran de cómo usar las reglas ortográficas correctamente, e Íbien: No creo que eso venga en el examen; esa campaña ni siquiera sirvió casi...

Viene Wányi. Íbien se apresura a entrar al aula y no hace contacto visual con ella cuando entra. Ella se sienta en el lugar del frente a la izquierda, donde él ve su cabello castaño, rizado como la maleza de una selva. Ella se voltea, una pequeña sonrisa, medio de lástima, medio de burla, deforma su boca, e Íbien, habiendo sacado un cuaderno de antemano, finge que lee. Siente sus ojos mirándolo profundamente, no resiste la tentación y levanta la vista por un instante, encontrándolos igual que en aquella ocasión en la playa, y siente de nuevo en sus manos el contorno de las cervezas.

¿Son aquellas ocasionales miradas y sonrisas una señal de algo más? A veces frente a ti me siento como el marino en su barca, flotando a la deriva en una tormenta, contemplando un faro distante cuya luz parpadea como una estrella; pero en cuanto esa luz desaparece, la tormenta pasa y vuelvo a navegar con calma; es ahí cuando tengo la absoluta seguridad de que aquí no pasa nada, que es absurdo suponer que tras ese hola, ese ayúdame con esto, ese qué te sucede, haya algo más. Te veo mirar a Ate con esos ojos muy abiertos con los que de pasada me miras a mí, es tu luz que quiere atraer a otro barco hasta tus orillas, y mi tormenta amaina y me siento tranquilo, libre. Pero apenas ha pasado mi tranquilidad cuando, por decisión propia o por simple inconsciencia, haces a tu luz caer sobre mí otra vez, y de nuevo regresa el huracán de la incertidumbre y no tengo nada más que el deseo de seguirte, mas me recuerdo que esa luz es engañosa, una farsa que no te das cuenta que provocas, e intento

alejarme, remar contra las olas, pero la luz de tu faro sigue ahí a mi vista y no desaparece hasta que tus señales de indiferencia se vuelven a manifestar. ¿Cuánto más podré soportar este juego? ¿Por qué tiene que ser la percepción tan poco confiable? Debo decirte algo, confirmarlo todo de una vez por todas, así la luz del faro podrá desaparecer por siempre y volveré a navegar por mi vida con tranquilidad. ¿Cuándo? Cuando estemos en la playa. Algún pretexto para hablarte...

[1] En nuestro mundo fue un cineasta.

Capítulo 3

Yo estaba acostumbrado a la vida difícil; mi mundo era el del desprestigio, el de las largas caminatas, el de las amenazas que entran volando a través de las ventanas, el de las constantes peleas por la honra de mi padre o sólo para defenderme a mí mismo. De algún modo pensaba que todo el mundo tenía que pasar por este tipo de luchas de manera constante; la idea de que pudiera haber personas que pudieran dormir por las noches sin temer que al día siguiente hubiera alguien más maquinando rencores contra él, o con la seguridad de que nadie cercano a él iba a morir, estaba más allá del horizonte que mis ojos alcanzaban a ver. Pero poco después de entrar al orfanato me adoptó una familia, y descubrir ese nuevo estilo de vida fue tan impactante como lo habría sido para los marinos primitivos al llegar por primera vez a Danzílmar. La familia tenía por apellido Yíúl, eran un padre, una madre, un hijo y una hija casi de mi edad; vivían en Áos, en una casa tan grande como la escuela de mi pueblo, tan grande y blanca que requería de muchos sirvientes para mantenerla. Había tres jardines llenos de árboles, yo no podía entender cómo es que le podría ser permitido a alguien poseer bosques dentro de sus propiedades, y debo decir que no me gustó al principio la idea de que esos bosques estuvieran confinados a las enormes murallas que marcaban el fin de la propiedad, pero pronto me hice a la idea y pensé que, si había gente capaz de poseer bosques, poseer otros lugares naturales también estaría bien. Soñé desde entonces poseer algún día una montaña sólo para mí, aunque no quería encerrarla dentro de unos muros como a ese bosque.

Mi padre adoptivo era un hombre alto y corpulento, pero tenía cara de niño. Recuerdo haberlo visto y haber pensado que sólo su cuerpo había llegado a la adultez y que la vitalidad de su rostro se había estancado en los doce años. Era el jefe de uno de los bancos más importantes de aquel entonces, y el respeto que generaba a sus colegas era tal que no podía pensar que se dirigieran al presidente del país con mayor servilismo y sumisión. Sin embargo, él nunca demostró (al menos cuando yo lo pudiera ver) actitud alguna que me indicara que su actitud tuviera la más mínima mancha. No fue sino hasta años después, ya graduado de la universidad, que finalmente pude ser testigo de las malas artes que se escondían discretas tras esa sonrisa tan paternal. Nunca supe con certeza si mi padre biológico había sido un ladrón, pero de este nuevo padre no tuve la suerte de la incertidumbre.

Mi madre era docente en la universidad de Áos; enseñaba historia danzilmaresa y tenía fama de estricta entre sus colegas y alumnos; pero en privado, una vez traspasado el umbral de la mansión, bien instalada en sus dominios donde todo ojo crítico quedaba fuera, mostraba una personalidad tan dulce y grácil, que era imposible imaginarse que tal profesora pudiera alguna vez reprobar incluso al estudiante más perezoso. Todo lo perdonaba, todo lo pasaba por alto; su filosofía era la de no

preocuparse por nada (al menos en casa), y la única vez que la vi expresar el más ligero enojo fue cuando mi nuevo padre se negó a acompañarnos al funeral de su madre alegando mucho trabajo, eso sí, durante ese pequeño momento de intranquilidad logró exteriorizar todo lo que su voluntad le hacía reprimir, recriminándole, por espacio de un minuto, el poco tiempo que mi padre permanecía en casa (acusación exagerada a mi parecer, pues no recuerdo haberla visto a ella en la casa mucho más de lo que veía a mi padre), lo mucho que le disgustaba que no se ejercitara, e incluso aspectos triviales como sus ronquidos en la noche fueron tema de ese breve regaño, pero entonces volvía a tranquilizarse, súbitamente como con una inyección de morfina que primero la tomara por sorpresa, y se sumergía de nuevo en su sosiego, respirando tranquilamente.

Mi hermano, llamado Dézen, era el niño más frágil que hubiera visto, siempre bajo el amparo de interminables medicamentos y consultas médicas; no podía pasar mucho tiempo bajo el sol o la piel se le llenaba de ronchas y era terriblemente alérgico al polen, encima de todo padecía una extraña condición que le impedía ejercer mucho esfuerzo físico a riesgo de sufrir desmayos o algo peor, los doctores decían que esa condición se debía a un mal funcionamiento de sus glóbulos rojos; muchos de estos se rehusaban a cargar el oxígeno al resto del cuerpo, me lo imaginaba como un reloj con poca energía en las baterías. Pese a ser él un año mayor que yo, mi llegada le supuso al principio una amenaza, viendo que mi condición era infinitamente mejor y mi fuerza admirada por nuestra hermana, pero conforme pasó el tiempo nos llegamos a llevar muy bien; por un lado él encontró en mí un hermano que podía defenderlo en la escuela frente a los niños que se burlaban de él por su debilidad, a la vez yo le motivaba para salir a explorar todos los rincones de nuestros bosques al caer la tarde; decía mi nueva madre que nunca había visto a Dézen con tanta energía como cuando yo llegué. En cambio, fue él el que me enseñó el mundo de la literatura y la filosofía, mundo que él exploraba constantemente y del cual poco a poco me hizo parte; con él mi percepción de la realidad se amplió; aprendí que las ficciones no eran un escape de la realidad, sino ver la realidad desde muchos ángulos diferentes. Con él como mi mentor intelectual conocí a muchos escritores. A veces nos gustaba inventar historias en las cuales esos famosos personajes de la historia tenían diálogos, e intentábamos crearlos de la manera que nos pareciera más exacta a como hubieran sido en verdad. Me dolió su muerte como nunca creí que podría volver a dolerme desde la muerte de mi padre; tenía él dieciocho años cuando lo encontramos tieso en su cama después de tener que derribar la puerta, fulminado por un ataque al corazón. Su biblioteca entera me la dieron a mí, pero tuvo que pasar un tiempo antes de que tuviera el valor de entrar y tomar uno de sus libros en mis manos.

Kéya era el nombre de mi hermana. Era la niña más hermosa que había visto. La primera vez que se fijó en mí fue el día que llegué y subí a mi habitación; acababa de contemplar mi nueva cama y el cielo que se veía por la ventana, cuando escuché pasos por detrás, y al voltear la vi ahí,

vestida con pantaloncillos y una blusa verde en la que ya asomaban los cimientos de sus futuros pechos; su cabello era corto (vista desde atrás parecía el de niño), en la mejilla derecha tenía un hoyuelo que se contraía al alegrarse y al enojarse, y en ese momento me observó con una especie de mezcla entre ambos sentimientos. Aprendí a conocerla, aunque acercarme a ella me llevó más tiempo que con Dézen. Kéya me llegó a decir en algún momento que la razón por la que le había empezado a caer bien era porque me portaba muy bien con su hermano; agradecía que alguien tuviera la paciencia para llevarse con él y servirle como compañero de juegos y lecturas. A partir de entonces mi relación con ella sólo mejoró. Conocí uno a uno sus talentos, los cuales parecían surgir desde el fondo de su genética cada cierto tiempo; un día era una gran nadadora y participaba en las carreras de la escuela; otro día se volvía una ajedrecista tan buena que era capaz de empatar o vencer a Dézen; luego resultaba que se había aprendido todos los detalles de la historia moderna de Danzílmar; después podía trepar los árboles con la facilidad de una ardilla, y al día siguiente tocaba el piano o era capaz de hacer equilibrio en el respaldo de una silla. Lo curioso era que mientras un nuevo talento permanecía activo, los viejos talentos permanecían en pausa hasta que tuviera la determinación de volver a practicarlos. Cuando podía tocar conciertos de Mozart, perdía inevitablemente en ajedrez contra Dézen o contra mí; cuando nos apaleaba en ajedrez, la apaleábamos en conocimientos de historia, y todo ese juego de talentos siguió durante mucho tiempo hasta que, un año antes de la graduación, decidió que quería enfocar todos sus esfuerzos en la historia para ser como su madre algún día, y desde ese entonces nunca nos venció en ajedrez ni pudo volver a trepar un árbol sin resbalarse a cada instante.

¿Lo hará?

Le tiemblan las manos. Sobre él pesa una sensación de intenso calor dentro de las venas; su puño se aprieta deseando contener un cuchillo, sus ojos ya están clavados en el corazón de Vérend.

¿Cuál es la reacción de Vérend?

Llora a causa del dolor de su boca rota, su ojo morado, y su amistad arruinada. Murmura perdón, juro por mis padres que fue un accidente.

¿Cede Íbien?

Su boca hace una mueca de dolor; sus ojos piden su sangre. Escucha como si cayeran gotas de agua en sus tímpanos; las palabras de Vérend le llegan tras una sorda cortina de ira.

¿Y los recuerdos?

Acrecientan la presión que ejerce sobre el cuchillo imaginario. Intenta quedarse en blanco, olvidarse de sus recuerdos, interpretar los hechos de su vida de manera que no resulten tan tristes como su memoria los guarda, pero todos regresan a esos momentos de su vida que le recuerdan el leitmotiv de su existencia: Todo cuanto quieres te lo quitan. Su padre, Nída, Dézen, Kéya, Wányi, Zóbi. Tiene de repente un incontrolable deseo de arrebatarse algo a alguien.

¿Qué es lo máspreciado que alguien posee?

Las experiencias, la capacidad para experimentar y seguir adquiriendo existencia, así razona Ibien. Quiere eliminar la capacidad de adquirir experiencias, de seguir viviendo una vida donde los recuerdos y su interpretación lo determinen.

Cabeceando de sueño se tambaleó hasta su cama, donde todos los recuerdos de su día se aplastaron en una única imagen que era al mismo tiempo un grupo de sensaciones, sonidos, colores y emociones. Era ella: Zóbi, ora sus grandes ojos, cuyo azul recordaba al del escudo triangular de la bandera del país, pero no opacos, sino reflejantes, puros como el hielo de los glaciares, pero que desprenden la calidez de un cielo tropical; ora la tonalidad híbrida de su piel, amarillenta por vestigio de su madre, blanca por vestigio de su padre, más que una mezcla es el abrazo entre dos razas esa piel; ora su cabello, cascada nocturna, juguete del viento, altar del sol, ni en el descuido ni en la sequedad se afectaba la armonía de su balanceo; ora sus labios rosados, que sonrían con una media mueca como de orgullo y ternura, con un movimiento de la mejilla salía a la luz un rostro reflexivo, dubitativo y escéptico, y las cejas bajaban y los párpados sospechaban. Esas imágenes de rasgos se confabularon con el olor al detergente de limón con el que habían limpiado el suelo junto al cual ellos habían comido unas hamburguesas en la plaza; olores a palomitas, dulces y helado de yogurt surgieron del recuerdo de aquella extraña risa que ella lanzaba cuando aparecía un mal chiste en la pantalla del cine, ambiguo entre la sinceridad y la mera educación de reaccionar jocosamente ante todo lo que pretendiera ser gracioso, aunque no lograra serlo. Los ecos de las gentes, murmullos carentes de idioma, sonidos de fondo insignificantes para resaltar las risas de ella, surgieron del recuerdo de haber contemplado su oreja derecha a la débil y fantasmal luz del reflector que se desviaba en su trayecto a la pantalla; una oreja pequeña, con un lóbulo puro, sin manchar por arete, que lo miraba fijamente mientras su dueña parecía perdida en la película. A ratos ella también volteaba a verlo, la boca disimulando satisfacción, y repentinamente, sin siquiera apartar los ojos de la pantalla, sobre su hombro acuesta la cabeza, a modo de almohada; surgió en su mejilla izquierda la sensación de los finos cabellos que, rebeldes por algún viento, se habían levantado de su lecho y lo rozaban, provocándole una comezón que calmó rascándose con el cabello de la cabeza de Zóbi, percibiendo en el camino el champú de lavanda con el que se había lavado esa mañana. El momento exacto del beso pasó por un nivel muy bajo de su consciencia; tan sólo surgió el momento en el que ya no había diferencia entre una boca y la otra; las narices inhalaron y exhalaban el aire que el otro inhalaba y exhalaba; los ojos se encerraron tras la protección tímida de los párpados; una mano audaz se posó sobre su mejilla izquierda, llevándose con ella la evidencia de la inicial timidez a través de la fuerza

de su agarre, un tanto brusco en los dedos pero coqueto en la palma, de roce amplio, suave y posesivo, consciente de sí mismo y lleno de voluntad.

Capítulo 4

Venían las espaldas y eran de repente cabezas y ojos, parpadeaban a destiempo; si desprendieran ruido cada vez, sonaría un caos arrítmico. Cada ojo mostraba en su iris una imagen, un sonido, un olor, o una sensación, o más bien una interpretación de todo eso. Pese al caos, intentó concentrarse en un ojo a la vez.

El primer ojo:

—¿Es tu primer día? —dice Zóbi, cuya voz grave suena como si se terminara de despertar—. Un consejo: Nunca le hagas saber a tus alumnos tu historia académica el primer día. Por alguna razón, si no se ha generado confianza antes de revelar eso, pensarán de ti como un presumido o como un mediocre, dependiendo. ¿Y cómo te fue? ¡Ah, qué bueno! Disfruta ahora que apenas empezamos, ya verás cuando empiecen los parciales. ¿Vives por acá? Ah, está algo lejos; yo vivo en Yoráng[Colonia de la ciudad de Áos.], bien cerquita, sí, muy tranquilo. ¿Qué tal? Yo, todo bien. Sí, jajaja, qué tontería, pero la administración así lo decidió. ¿Ya terminaste con tus calificaciones? ¿No? Hmm, mejor te das prisa; las revisiones son mañana y los alumnos se enojan si uno se atrasa, ¿acaso no entienden que tenemos demasiado qué revisar? ¿Trabajas en algo más? ¡En serio! Yo no tengo paciencia para eso. Mientras tenga suficiente para vivir no me interesa romperme mucho la espalda trabajando. ¿Sabes?, puedes identificar a los alumnos que nunca hacen preguntas en las revisiones; no preguntan por pena, pero nunca es seguro si de verdad entienden sus errores. ¿Tienes novia? ¿Y cómo va a ser? ¿Antes? Ah, ya veo, yo tampoco. ¿Cómo va tu grupo con lo del festival? El mío va fatal; ni siquiera se han puesto de acuerdo en el tema, sí, tienes razón, pero al fin y al cabo lo que hagan hablará de nosotros como profesores. No, no es nada. Bueno. Hace unos días murió un tío. Gracias. Claro, tú sí que debes entender de estas cosas, ¿no? Gracias. Oye, ¿me puedes cuidar los trabajos de los chicos un rato? Les diré que vengan a recogerlos contigo. ¿La espalda? Claro, te encorvas demasiado cuando te sientas, tengo un primo quiropráctico, si quieres te doy su número y le hablas. ¿Eh? No sé. Ya sé que no está prohibido, pero... Deja que pasen estos exámenes y veremos. Hola. Ajá. Está bien. Adiós. Ay, ya me quiero ir. Sólo un poco más. Buenos días, ¿y esas ojeras? Hasta luego. Uf.

El segundo ojo:

Un libro azul con el dibujo de un mapa del lago Dên. Dézen señala fragmentos de las crónicas de los diversos reyes que gobernaron tan duramente la vida de los habitantes del lago y cómo con los cultos a los dioses imponía el terror a todos los que no obedecieron la ley. Su vista se levanta, Dézen hace una mueca; tuerce el labio inferior, dejando ver en resquicio de uno de su canino superior izquierdo, al mismo tiempo la mejilla izquierda crea un pequeño bulto y surge, desde la comisura de la boca, una grieta que, como las fosas oceánicas, se torna negra debido a la sombra; sea acaso una señal de asco, o tal vez tristeza disfrazada; sus

cejas, unidas la una a la otra por una casi invisible franja de pelillos, bajan sigilosamente, como cuando los músculos de la cara en realidad ordenan expresar sorpresa y luchan contra la tristeza; sus labios descoloridos están partidos, su color es casi indistinguible de su piel pálida, y percibe cierto temblor que sale de ellos, igual a cuando existe el miedo a pronunciar incorrectamente una palabra de gran importancia. Pero parece jugar, pues sigue leyendo. Voltea bajo el marco de la puerta, hecho de un cedro que brilla por la luz de la ventana, está Kéya, inmóvil; parece una de esas pinturas del antiguo imperio Maryó, esas cuyos retratos tienen siempre la apariencia de haber recibido mil latigazos, donde dibujar la boca como una curva alegre, o los ojos abiertos, o la piel clara, o el cabello libre de ataduras, se consideraba mal estilo y falto de respeto; lo único que posee Kéya que no poseen esas pinturas es su agitada respiración; un grito de diafragma se ahoga antes de siquiera acercarse a la garganta. Kéya, al igual que una pintura del imperio Maryó, tiene los ojos opacos, que se frenan a sí mismos de poner atención a aquello que tienen enfrente, pero los de ella parpadean mucho, lo que los humedece y borra la opacidad de las córneas para dar a luz a un brillo que, como una neblina en un día helado, empaña su vista y la obliga a parpadear nuevamente. Íbien recibe todas estas imágenes como piezas separadas de un rompecabezas que lucha desesperadamente por armar, y como todo rompecabezas, le parece que algunas piezas sobran y que otras faltan, que algunas son confusas y otras claras, pero siempre presentado ante sus ojos como un mero conjunto de pedazos caóticos, cuya imagen final no sabe si quiere revelar o no. Kéya desaparece lentamente; recuerda a una viuda que, habiendo llorado toda el agua de su cuerpo, abandona el velatorio donde su amado recibe los últimos adioses.

El tercer ojo:

El perfume barato de Nída, con el que llegaba varias veces a casa, que hace quemar la nariz si se huele de cerca, pero de lejos es como una flor que ha sido muy mojada en agua y ha sido encerrado dentro de una habitación lleno de frutas bañadas en alcohol, está adulterado: hay plástico mojado con agua estancada, un nido de mosquitos y otras alimañas que han encontrado en ese pequeño pantano el lugar ideal para la vida, eso huele desde sus zapatos, y también la fragancia de la cáscara de alguna fruta, quizás un plátano o una naranja, quién sabe, los efectos de la podredumbre son suficientemente fuertes como para disfrazar todo aroma de la fruta que alguna vez de seguro fue jugosa, y cuyo olor salía ahora mezclado con perfume de los zapatos de Nída. Había algo más: fragmentos de óxido, de un metal viejo y carcomido, con un olor metálico de sangre seca y marchita; también pintura vieja y de mala calidad, hecha sin intención estética, sino con intención protectora contra el natural paso del tiempo y del clima. El polvoriento olor del escombro: yeso y pedazos de ladrillo, igual al de los viejos edificios ennegrecidos por el humo y deshechos por el golpe del sol y el viento. Irrumpe de repente el olor de la tierra húmeda: es mamá, y con ella la casa huele ahora al huerto, mamá entra trayendo consigo la invisible aura de una ensalada de tomate, lechuga, papa, calabaza y zanahoria, el sudor que la empapa agrega

además un aroma salado y amargo que la cubre y se mezcla con las verduras. La fragancia de mamá choca violentamente contra la de Nída, y las dos se enfrasan en una batalla por perfumar más la habitación. Sigo ambos olores como si fueran entidades separadas, pero cuyos brazos se extienden hacia la portadora del otro, y estos olores se retuercen, sin decidir si van a unirse o a apartarse. El olor de Nída escapa, pero deja tras de sí su rastro, los vestigios invisibles de su desobediencia, y estos finalmente deciden impregnarse en el olor de mamá, contaminándolos y degenerándolos hasta que el olor del huerto amargo se esfuma.

El cuarto ojo:

Klang, klang, es una de las campanas de alguna de las torres Kandí[Campanarios que poseen algunos templos dedicados a los dioses más importantes.]; 40 campanadas contaminadas de cláxones de automóviles: fa sostenidos, sí bemoles, la bemoles, soles y res. Un diapasón cristalino pone orden al caos de la ciudad: la voz de Wányi, el habla fluida de una flauta que toca evocando el mar, el ritmo de sus sílabas al terminar las frases; se alarga hasta ser blancas o redondas mientras piensa en lo que quiere decir a continuación, y la siguiente frase cae en un forte súbito que, dependiendo del mensaje, tiene la potencia de la trompeta o la suavidad del arpa. Sus pensamientos, cuando dan inicio con un "pero", crean una anacrusa que antecede al comentario; sus "ehhh", "ahh", "esteee" son síncopas que a veces, debido al avenimiento temprano o tardío de las palabras adecuadas, no caen en el tiempo debido. Su altura está comprendida entre el do5 y el fa5 cuando está calmada, cuando sus pensamientos son tranquilos y pasajeros; sube hasta el do6 cuando se pone seria, cuando su emoción comienza a rebasar el límite, entonces suena como un violín tocando los primeros compases del Motto perpetuo. cuando algo la hace exclamar, su chillido de clarinete llega hasta el ti6, generalmente después de que los patosos balbuceos de un bebé cercano, que intenta hablar como un novato intenta tocar un oboe por primera vez, por ventura han llegado a nuestros oídos, y nuestra charla queda en silencio mientras este reino de sonidos por un momento queda desplazado por el de las imágenes. Pero los pájaros siguen sus trinos, sus apoyaturas, su grupetos, sus mordentes y sus glisandos, adornando el rondó que crea el viento al pasar entre las hojas de los árboles y las improvisaciones rítmicas de los conversantes. Irrumpen con fortissimo los celulares y los ya mencionados cláxones; percuten en mezzoforte las pisadas de los transeúntes, los vasos y los platos de un restaurante, cuyos comensales crean una música plagada de silencios que aprovechan para masticar y tragar. Pero Wányi, la voz principal, la soprano en medio del escenario, se alza en medio de todo ese acompañamiento y se proclama poseedora de mi admiración.

¿Cuánto tiempo ha pasado allá afuera? Cada vez pierdo la esperanza de

que mis movimientos ayuden de algo, si es que en verdad me muevo. Tal vez hagan lo contrario; quizá me he arrastrado sin saberlo hacia el agua y me estoy ahogando, o hacia un acantilado y estoy cayendo. De ser así, en cualquier momento desaparecerá mi consciencia por los efectos de la muerte, si es que esto aún no es la muerte. Mi padre me contaba (recuerdo, aunque lo más seguro es que mi mente lo esté inventando) que había unos espíritus cuyo nombre no se debía decir, o uno se convertía en uno de ellos. Cada cierto tiempo morían, o parecían morir, pues sólo caían en un sueño insensible que duraba una cantidad indefinida de tiempo, durante el cual perdían todas sus memorias; sus recuerdos y experiencias regresaban a cero, y cuando despiertan es como si resucitaran o renacieran. De verdad, ¿en dónde oí esto? ¿Mi padre me lo contó en un cuento, fue Dézen quien me dio un libro donde los mencionaban, fue Zóbi, experta en leyendas de Danzílmar, quien me los mencionó alguna vez? Ojalá recordara mejor. Pero estos monstruos que no pueden nombrarse sin volverse uno de ellos, ¿acaso los habré nombrado yo y me he transformado? Si es así, sólo he de esperar a que mi mente se vacíe de todo lo que se llenó durante mi vida antes de resucitar. Sí, ya recuerdo, los nombré, ilos nombré! Fue cuando tenía... menos de un año, mi primera palabra, antes de llamar a mi mamá y a mi papá pronuncié el nombre de aquellos y me volví uno. ¡Oh, pero cómo se pone mi cerebro a inventar estupideces! ¿De dónde habría yo oído el nombre para repetirlo si se supone que nadie les ha averiguado el nombre por temor a convertirse en uno de ellos? ¡Patrañas de mi cerebro! Aunque lo veo ahora muy nítidamente, cómo ese ser pequeñito sin orejas, sin cabello, amarillo y sin más prenda que un kíndul[1] con plumas de pichones de un día de nacidos, se escabulló hasta mi cuna y me miró con sus ojos negros sin ningún espacio de blanco, y con una voz acartonada y sedienta me dijo el nombre de los de su especie, y yo lo repetí. Más claro no puede ser, eso lo explica todo; ya no tengo nada que temer sino esperar mi resurrección, mi nuevo nacimiento, y ¿qué haré entonces si se supone que habré olvidado todo cuanto fui antes? Bah, eso lo pensaré cuando llegue el momento.

En el otoño murió mi madre, ¿o sería en invierno? No lo sé, sólo recuerdo que tenía frío, mucho frío, tal vez más por el dolor y el miedo que por causa del clima. No recuerdo de qué murió ni si mostró síntomas de algo; recuerdo a Nída diciéndome que fue de tristeza por la muerte de nuestro padre, pero apuesto que ella no se lo creyó. La vi llorar esa vez, creo que fue la única. Luego lloré yo porque nos llevaron al orfanato de Yoká, y toda mi fuerza se agotó cuando me vi en ese mundo nuevo mientras mi hermana daba señales de desatenderse de mí. Me golpeaba si quería dormir junto con ella, me evitaba y se iba con amigos nuevos, les hablaba mal de mí y les decía que sólo era un bebé. Un día la confronté; le dije

que no actuaba como debía actuar una hermana mayor, en un ataque de coraje le grité que mamá había muerto porque ella había sido una hija inútil, me pegó y le regresé el golpe, nos enfrascamos y nos separaron rápidamente. Esa noche lloré arrepentido, dispuesto a reconciliarme con ella al día siguiente. Pero ya no la volví a ver: se escapó del orfanato. La directora (o era un director) intentó suavizar la noticia diciendo que no tardarían en encontrarla y que no debía haber ido muy lejos, pero yo después escuché a otros huérfanos decir que mi hermana se había escapado con unas personas con las que la habían visto hablando desde hacía varios días; se mencionaba a alguien en un coche muy largo que le hablaba a solas, que ella a veces regresaba con dinero cuya procedencia no explicaba. Yo no llegué a ver nada de eso, tal vez por estar tan encerrado en mi tristeza. Nída, hermana, donde sea que estés no te olvides de tu hermanito.

[1] Tipo de gorro que deja al descubierto la coronilla.

Capítulo 5

Un accidente y nada más. Vérend tuvo miedo, mucho miedo al ver a Zóbi inmóvil en la calle, la cabeza destrozada, la sangre formando ríos que creaban lagos, los huesos rotos de sus piernas, el agujero en el parabrisas y el lugar vacío del copiloto. Estaba escrita en sus ojos la culpa, el precio del haber tomado malas decisiones. Íbien primero rompió en llanto al enterarse, pero luego oyó de un colega: "Iba con Vérend, al parecer acababan de salir de un bar y él conducía...", y el resto de las emociones se acumularon. Maestro de inglés, el maestro Vérend, ¿habían hablado alguna vez? No, no cuentan los saludos ni nada concerniente a los deberes de la escuela; nada más allá del deber y las formalidades; nada de convivencia informal; sin congeniar. ¿Y qué hacía con ella en un bar? Los celos por una mujer muerta demandaron entrar en escena, mas nada sabía, quizá sólo amistad, pero, en todo caso, muerte. Íbien pasó el entierro sin pensar mucho en Vérend, y tiempo después, con el ir y venir de los días, y de verlo siempre a él y no a ella, empezó a hablarle de algo más que de exámenes y de otros asuntos escolares. Al fin un día, Vérend, creyéndose ya su amigo, lo invitó a su casa. ¿Ha disminuido el rencor por un accidente? Un poco; Vérend empezaba a simpatizar con Íbien y a la inversa, una simpatía recelosa, recelo que no dejaba de recordarle que por su culpa ella murió. Ya en comodidad, y teniendo la confianza de que el tiempo hubiera suavizado las emociones producidas por el accidente, Íbien le preguntó qué hacían en ese bar. Vérend contestó con tristeza: "Sentía eso por ella desde hacía tiempo. ¿Sabes?, siempre los miraba a ustedes y pensaba que había algo. Tenía envidia de ti, Íbien, no creo que deba negarlo. Sin embargo, no debía dar nada por hecho, entiendes, ¿no?, por eso la invité a tomar un trago. No es la primera vez que lo hacíamos. Antes de que llegaras ya nos juntábamos a veces con otros maestros; pero cuando llegaste empezó a venir cada vez menos. El caso es que la invité, solos nosotros dos, ahí le dije todo, creo que rayé en lo ridículo, hablé con unos celos estúpidos y ella creo que se dio cuenta, porque me dijo, tan tranquila como era, que no podía aceptarme porque empezaba a sentir cosas por ti", se interrumpe, esperando que Íbien sonría por la noticia, pero al no ver esa reacción, continúa: "Me dijo Íbien me invitó a salir, no supo contestarte en ese momento y por eso te dejó muy rápido, pero planeaba darte un sí al día siguiente. Ahí fue cuando supe que ya no había caso, pero debido a su mirada de entusiasmo cuando te mencionó, no tuve el corazón para sentirme triste, y sin embargo pedí unas cuantas cervezas más. Ambos habíamos bebido; no teníamos conductor designado; pero se hacía tarde y debíamos irnos; ella tampoco dijo nada en contra de que yo condujera, tal vez pensó que yo había tomado mucho menos que ella. Siéndote sincero, resisto bien el alcohol; varias veces he conducido ebrio sin problema; no sé de verdad qué pasó esa vez, sólo recuerdo que ella se quedó dormida a mi lado, sin el cinturón para estar más cómoda. Tuve miedo de que un policía la viera

así, entonces yo intenté abrocharle el cinturón...”
Vérend habló por un rato más, y en determinado punto Íbien perdió el control.

Van caminando muy juntos, ¿por qué? Kéya le habla con coquetería, pero ella no es coqueta, ¿o sí? Una chica de nombre Néla, de formas inmaduras, temperamento impredecible, que gustaba de Íbien, conoce a ese chico con el que Kéya camina.

—Creo que es su novio —dice—, hace días le oí decir que se le iba a declarar, y por lo que veo ella ha aceptado.

Íbien no capta la malicia de sus palabras, lo agudo de los ojos que lo miran mordaces, ni que en las caricias de Néla contra su hombro no tienen la intención de reconfortarlo. Lo que ocurrió esa tarde fue la gran caída de Íbien, la primera vez que sentía el puñal de los celos y la necesidad de desquitarse indirectamente, de ese modo liberó su frustración en Néla, y ésta tuvo por fin la satisfacción de tenerlo para ella. Tiempo después, las habladurías escolares hicieron que la farsa y el engaño sentimental salieran al descubierto, y Kéya, que mostraba tan poco interés en comprender las razones tras las acciones humanas, no quiso volver a hablarle, delatando con su distanciamiento su corazón roto, guardado para Íbien y traicionado inintencionadamente. Pero ella nunca perdonaba. Después de superar la muerte de su hermano, varios meses después de la graduación, fue a estudiar a los Estados Unidos, donde pocos años después anunció que se había casado y esperaba un hijo.

La causa de la muerte de Vérend: suicidio por caída desde una ventana. Íbien declaró que cuando salió de su departamento, Vérend estaba en tal estado depresivo por la culpa de haber matado accidentalmente a Zóbi, de quien estaba enamorado, que decidió dejarlo sólo, y justo en ese momento fue cuando se defenestró y fue a caer de cabeza sobre el pavimento. Íbien mismo llamó a una ambulancia. Algunos vecinos lo vieron desesperado y aturdido por el repentino suicidio de su colega. Aunque interrogaron a Íbien, él supo sonar suficientemente convincente para hacerles creer que durante su reunión había tocado el tema de la muerte de Zóbi, lo cual había puesto a Vérend tan mal hasta el punto de la depresión. Una investigación hacia los amigos y colegas de la universidad donde trabajaban ayudó a confirmar el testimonio de Íbien, y como nadie más aparte del occiso sabía de sus sentimientos hacia Zóbi, no hallaron razones para sospechar de él como posible asesino. Al día siguiente del entierro de Vérend, Íbien sintió deseos de salir a

caminar por el río Mrid. Nadie advirtió su manera errática de caminar, ni los murmullos que a veces salían de su boca. En sus manos aún estaba el recuerdo de cuando tranquilizó su puño, porque una idea macabra había pasado por su mente; también estaba ahí la memoria del golpe que le dio en el ojo, habiéndole dado el primero en la boca, que salió repentino como el ataque de una serpiente. Vérend era un hombre muy delgado y bajo en relación con Íbien, el cual en su ira casi no sintió su peso. Lo vacío de la calle a esa hora le sirvió de aliado. Apenas escuchó el impacto, se sintió despertar y bajó corriendo a toda prisa, que nadie viera que había estado dentro de la estancia en el momento de la caída. Pero ese edificio de departamentos, para suerte suya, tenía muy pocos habitantes en ese momento. Se decía que iba a ser demolido dentro de poco y por eso no aceptaban nuevos inquilinos, únicamente permanecían algunos a los que se les había permitido quedarse por un tiempo mientras encontraban otro lugar para vivir. El día de la tragedia apenas había unas cuantas personas de edad avanzada que vivían en los primeros pisos, y que fueron testigos de lo mucho que Íbien lloró a su amigo, cuya cara había quedado prácticamente reventada en el pavimento.

Mientras el recuerdo del hecho se recreaba en su mente, con todas las omisiones e invenciones que son consecuencia de una memoria llena de culpa, le pareció que muchas voces giraban en su cabeza, también sonidos, olores, imágenes y demás sensaciones que a momentos eran familiares y extrañas. El rostro de Vérend durante sus últimos instantes de vida se confundió con el de Nída, con el de Kéya, con el de Dézen, con el de Wányi, con el de su padre y su madre, y con el de Zóbi, y del mismo modo el rostro de Vérend apareció en los recuerdos de todas esas personas ya mencionadas. Llegó al punto que en sus lejanos recuerdos de la infancia todo el mundo era Vérend; en la escuela sólo había su voz y cara, y en la universidad y en el trabajo también. Todos los que habían compartido su vida con Íbien tomaban el lugar de Vérend en ese solitario apartamento, en ese edificio casi vacío, en esa noche cómplice.

Mientras exista el pensamiento, existe el tiempo, y mientras exista el tiempo, hay lugar para que surja el olvido, o como mínimo la superación de los eventos pasados. Los recuerdos que en un principio atormentaban a Íbien, sin oportunidad de escapar de ellos, comenzaron poco a poco a mezclarse tanto entre sí que se difuminaron en una masa blanca de memoria. Aún persistía en sus intentos de moverse sólo para recordarse que aún no estaba todo acabado y que mientras siguiera recordando había oportunidad de continuar vivo. Las interpretaciones de sus recuerdos se repitieron tanto que llegó un momento en el que las sintió ajenas a sí mismo; se acostumbró tanto a ellas que pudo darse el lujo de la objetividad. Quizá todo lo ha recordado mal. Llegó a pensar que su cerebro había inventado casi todo sólo para darle algo que hacer en ese

estado, y se había desecho de toda excusa infantil. ¿Qué importaba ahora si todo lo que recordaba había sido real o no? Al fin y al cabo, de ser real, ya estaría cumpliendo su castigo.

Lo que en el tiempo del mundo de los seres sensibles se mide con el movimiento del sol, las manecillas de un reloj o la arena cayendo, íbien lo medía según la cantidad de veces que interpretaba una imagen, una voz o una sensación familiar, y el paulatino debilitamiento de todas esas interpretaciones le daba a entender que en algún momento iba a dejar de percibir las en su totalidad, y que tal vez, cuando todo ese cúmulo de recuerdos no fuera más que un pequeño punto blanco en un vacío sin color, sería el momento de su verdadera muerte.

Capítulo 6

Nota de los editores:

El siguiente fragmento no se encontraba en la primera edición de este relato del ParalefikZland originalmente publicado en XXXXXXXXXX, debido a que en aquel entonces la lámina que la contiene todavía no se había hallado. Damos la libertad al lector de considerar este último fragmento como el final real del escrito o solamente como un final alternativo.

Se había acostumbrado tanto a existir en interpretaciones que al principio creyó que la sensación de las sábanas que cubrían su cuerpo, la almohada sobre la que yacía su cabeza y el fresco aire como de una montaña que le soplaba en la cara, no eran más que otra reminiscencia de un recuerdo perdido de su vida. Tan acostumbrado estaba a no percibir estímulos reales que todas esas sensaciones que provenían del mundo exterior tardaron en hacer eco en su cerebro, y varias horas después, habiéndose desempolvado su sistema nervioso, las dudas sobre aquella luz que veían sus ojos y los sonidos de ecos que entraban en sus oídos se deterioraron, y finalmente quedó convencido de su regreso al mundo sensible. Tanto tiempo no había experimentado más que su propio ser, que ese contacto con lo externo adquirió un dulzor inconfundible, un descanso de su alma tan agotada de los laberintos de su ser, como si hubiera estado viviendo miles de vidas ajenas y sólo ahora despertara a la suya. Ya era libre. ¿Pero dónde estaba? ¿En qué momento se encontraba? La impresión de haber resucitado de sí mismo lo había dejado respirando lentamente, deleitándose en el placer recobrado de sentir sus pulmones hinchándose y contrayéndose, de su piel recordando la dulce aspereza de una sábana. Pero todo estaba vacío; sumergida en una luz no cegadora que tendía hacia el gris, la cama se hallaba abandonada, y sus ojos no lograron ver ningún horizonte que separara el cielo de la tierra. Mantuvo la calma para intentar comprender, pero momentos después apareció ante él una persona, una mujer de aspecto indiferente, ajena a su sorpresa, que vestía una prenda similar a una toga con largos pedazos de tela que le bajaban como alas por los brazos; no la había visto en el momento en el que entró, sino que daba la impresión de que hubiera estado ahí todo el tiempo, observándolo silenciosamente. Ella no dijo nada. La mente e Íbien se llenó entonces de toda la información que respondía a todas las preguntas que un momento antes lo inquietaban. Habían pasado casi setenta años desde el día que perdió los sentidos junto al río Mrid. Fue encontrado a los dos días y llevado a un hospital, donde fue mantenido por años conectado a una sonda. Aunque era evidente que había perdido todos los sentidos, se comprobó que su cerebro seguía tan activo como el de una persona despierta (con la diferencia de que ningún estímulo externo alteraba las señales del

cerebro), e incluso varias fueron las veces en que se había movido o intentado levantarse. Dado que nunca se le pudo localizar algún pariente que se hiciera cargo de sus gastos, hubo un dilema en el hospital acerca de cuánto tiempo podrían mantenerlo ahí, pero lo extraño de su condición (un muerto en vida) despertaba una fascinación tan grande entre la comunidad médica que no fueron pocos los neurólogos los que se opusieron a dejarlo morir, los psicólogos también querían saber qué sucedería en caso de que "resucitara", qué efectos a corto y largo plazo habría después de una pérdida absoluta de los sentidos durante tanto tiempo manteniendo la conciencia intacta. Al saber la historia de Íbien, los eruditos no dejaban de preguntarse qué puede experimentar una mente que ya no tiene acceso a las experiencias, ¿saldría de ese estado convertido en un sabio, en alguien que tiene absoluto conocimiento de sí mismo y sería, por lo tanto, el nuevo portavoz de una nueva verdad inaccesible por otros medios? La fama que le dieron fue suficiente como para que hubiera campañas para mantenerlo con vida hasta que despertara. En una institución caritativa local incluso se había abierto un pequeño departamento destinado a mantenerlo con vida. Los años pasaron y fue mantenido en esas circunstancias; durante un tiempo tuvieron que amarrarlo con correas porque se movía con desesperación, y no pocas veces le habían oído murmurar pequeños sonidos incomprensibles (todo eso era celosamente observado y registrado por los médicos). Sin embargo, cada año perdían la esperanza de que despertara, y después de 50 años volvieron a replantearse la idea de dejarlo morir de una vez. Esta vez estaban divididos: Un grupo de gente opinaba que debían dejarlo morir por piedad, dado que, al estar consciente durante todo este tiempo, Íbien podría encontrarse en un estado de angustia que solamente le hacía experimentar desesperación; muchos psicólogos y neurólogos opinaban de esta forma, y con el argumento de que los constantes movimientos de Íbien eran una señal de ello, lograron convencer a mucha gente de dejarlo morir; el otro grupo opinaba que era injusto privarle de la oportunidad de recuperar la vida, además de que dejarlo morir frenaría los estudios de este tipo de fenómenos tan extraños, y que una cura incluso podría ser probable, esto lo opinaban a su vez otros grupos de científicos. El país quedó así dividido en la polémica; las charlas y convivios familiares gravitaban hacia el tema del hombre que perdió los sentidos; fuertes debates fueron organizados, se escribieron libros y se llevaron a cabo discusiones sobre el mismo asunto. Las discusiones se prolongaron lo suficiente como para mantenerlo vivo durante mucho más tiempo, pero se mantenía en una constante indecisión de cuya resolución final nadie quería responsabilidad, tanto la de dejarlo morir como la de dejarlo vivir. Mientras todo eso sucedía, Íbien envejecía lentamente; ya desde hacía mucho tiempo lo habían llevado a una sala especial donde podrían vigilarlo cada momento del día, fuera del alcance de los curiosos que visitaban el hospital sólo para intentar verlo y sacarse una foto o un video con él, pero los efectos de la vejez los obligaban a fortalecer sus cuidados, pues varias veces tuvo problemas del corazón y del hígado que requirieron muchas cirugías y medicación. Conforme Íbien

se acercaba a los cien años, ya todos daban por hecho que moriría sin recuperar los sentidos, pero fue en ese tiempo que el planeta fue visitado por los emisarios del Zlándliù, y mientras Íbien seguía sumergido en su yo eterno el mundo exterior hacía ya tratos y acuerdos con seres venidos de otros universos, los cuales al enterarse de su caso se ofrecieron a llevárselo para curarlo, a lo que nadie puso objeción después de ser testigos de todas las curas, para ellos milagrosas, que habían traído consigo, erradicando todas las enfermedades mortales de su mundo. Sólo unos pocos vieron con ojos sospechosos el hecho de que quisieran llevárselo para curarlo en otro mundo en vez de simplemente curarlo ahí. Ahora ya estaba de nuevo en el mundo de las percepciones, y en esas mismas imágenes se dio cuenta de que no sólo lo habían curado, sino que también lo habían rejuvenecido a sus treinta años, edad a la que había quedado encerrado en su propia mente.

—¿Y ahora qué? —preguntó Íbien, mirando adormilado a esa mujer— ¿Ya soy libre?

La mujer negó.

—Ahora eres de nuevo esclavo de las percepciones, igual que todos los demás —dijo con voz triste, pero que ocultaba la emoción de una lucha futura, renuente a inclinar la cabeza sumisamente ante la verdad que acababa de decir—. Pero eres libre de elegir lo que quieras que hagamos contigo; tanto si quieres volver a tu mundo para recuperar el tiempo perdido, como si decides que ya has vivido e interpretado demasiadas experiencias, en cuyo caso podemos darte algún tipo de muerte.

Íbien repasó de nuevo las imágenes que le habían dado, y preguntó:

—¿Por qué no me curaron en mi mundo?

Y ella respondió:

—Nos tomamos la libertad de examinar tu mente antes de despertarte, y después de hablarlo, alguien quiso cumplir uno de los deseos que te aquejó mientras no podías percibir; él quiere hacerte vivir, por un momento, cómo es mirar a la realidad sin pasar por el filtro de la mente ni de ninguna experiencia; es decir, ver la realidad tal como es y no sólo interpretarla por medio de algún sentido. El ser del que te hablo, Gyéo Fúntuo, ha llegado a ese nivel y ha decidido hacerte testigo también.

Íbien temblaba; volvió a mirar alrededor y le pareció que esa burbuja de luz grisácea se hacía cada vez más pequeña.

Una voz dijo entonces:

—Ya puedes irte, Génit; creo que nuestro invitado está ansioso por recibir este regalo.

Íbien había mirado al cielo para intentar ubicar el origen de esa voz que era dulce pero imponente, y parecía venir de cada rincón de esa pequeña existencia, incluso de su propia boca y de su propio corazón. Al volver la mirada la mujer ya no estaba, y al instante siguiente la cama también desapareció; estaba ahora sentado en el suelo sin haber sentido ninguna caída por la repentina desaparición de la cama. Entonces le pareció que podía ver con la nuca, con los pies, con la espalda, con todo el cuerpo; y lo mismo era para todos sus sentidos: todo su cuerpo era oído, gusto, tacto, olfato, equilibrio...; se había vuelto por completo percepción.

Dijo la voz:

—Antes quiero que me contestes una cosa: para conocer la realidad tal cual es ¿se necesita tener una gran cantidad de sentidos que desentrañen cada rincón y recodo de ella o, por el contrario, se necesita carecer de todo sentido, porque la falibilidad es inherente a toda percepción?

Confundido, Íbien reflexionó por un rato, luego contestó, alzándose de hombros:

—¿Quién puede dar la interpretación definitiva de un hecho tan mundano como cortar un pedazo de pan? Ya viví el no tener sentidos y mis experiencias aun así estaban contaminadas; ahí donde interpreté un evento pudo ser otro. No hay mayor mentira que la memoria ni nada tan hipócrita como la percepción o el recuerdo. Supongo que mi respuesta es que no puedo saberlo. Se me ocurre que para conocer la verdad hay que estar sin experiencias previas, sin una mente contaminada de recuerdos o sensaciones que evocar para darle sentido a lo que se percibe, ni siquiera tener mente; hay que ser como la nada.

Y la voz, calmadamente como un padre amoroso, dijo:

—Ahora te la haré experimentar. Yo entro en ese estado todo el tiempo, y te digo que no es la gran cosa tampoco.

Entonces Íbien perdió todos los sentidos de nuevo, pero esta vez fue como si, al perderlos, ganara un nuevo sentido, uno mucho más poderoso que le permitía sumergirse en los abismos de la realidad, y durante el breve instante que duró esa revelación no tuvo ningún pensamiento, ningún recuerdo, ninguna percepción, ninguna interpretación.

Fin